

nes del orgullo, y resistir á la necesidad de humillarse en presencia de los que son órganos sagrados de la piedad divina. El hombre que está verdaderamente arrepentido ó afligido, no necesita de que se le aliente para abrir su corazón á los piés de su hermano y su amigo. Cuando la Religión no se lo mandara, él mismo por instinto de su dolor para desahogar su pecho, y buscar ó consejo ó alivio, volaría á echarse en los brazos del justo, y la viveza de su pena le forzaria á descubrirle todo lo que le aflige.

Sin duda que el confesor es un hombre; pero un hombre revestido de Cristo, un hombre que ha recibido su poder, que obra en su nombre y le representa. Es un hombre; pero marcado con un carácter divino, que para aquella funcion le eleva de su propia clase á una especie más alta. Es un hombre; pero en su sublime ministerio la virtud del Altísimo reside en él, y en aquel acto es superior á los ángeles por la fuerza y asombrosa virtud que le da su incorporacion en el sacerdocio eterno de Jesucristo, y su union con él en la conducta de la grande obra de Dios, que es la fundacion de su incorruptible y sublime imperio.

Ay, Teodoro! yo solia en mis necias burlas decir al buen Mariáno, que Dios debe de ser un amo bien exacto y riguroso, pues no perdona nada sin penitencia. Amigo, yo era un insensato, y ahora veo que es un amo muy indulgente y miseri-

cordioso, pues lo perdona todo á tan poca costa. Dichoso este dia, en que Dios me ha abierto otra vez su seno paternal! Yo vivo en otra region, me veo en otro mundo, y mi corazón habita en una mansion cuya dulzura y tranquilidad me eran desconocidas. Mañana te continuaré esta nueva historia de mi felicidad. A Dios, amigo.

## CARTA XXVI.

### EL FILOSOFO A TEODORO.

YA te he contado, Teodoro mio, lo que me aconteció en aquel dia memorable, en que mi inquietud, como lo confio, se lavó en las fuentes inagotables del Salvador divino: ahora voy á referirte lo que me pasó en la deliciosa noche de tan dichoso dia. Apenas me acosté en mi lecho, cuando mi imaginacion bullia llena de muchas especies diferentes. Repasaba por menor todos los tristes hechos de mi larga y estragada vida; pero si esta memoria me afligia, ni era con aquella áspera y punzante amargura con que ántes se des-



consolaba mi corazón, ni sentía ya aquellos violentos torcedores que destrozaban mi pecho.

En efecto, me parecía que sus agudas puntas estaban embotadas, pues no podía recordar mis delitos, sin ver la bondad que dispuso los llorase, y que confiaba me los había ya perdonado. No podía afligirme de mi miseria, sin adorar la misericordia que se había dignado de curarme. Admiraba los extraños y raros motivos que me habían conducido á esta casa de Dios, y veía la mano de la Providencia que había gobernado mis pasos. Sobre todo refrescaba, procurando grabarlos en mi pecho, los discursos de mi nuevo y ceritativo padre, en especial lo que me había explicado con tanta ternura y energía sobre el carácter del inefable don que había recibido con la aplicación de la sangre de nuestro Redentor.

Con tantas y tan interesantes especies no es extraño que el sueño huyese de mis ojos. Yo me alegraba, porque no se apartasen de mi memoria los dulces y consolantes objetos en que se complacía. Era el plácido y apacible insomnio de un dichoso que se saborea con las frescas impresiones de una felicidad reciente, y que no quiere alejar un instante de su espíritu la imagen de esta grande fortuna que ha mejorado tanto su destino. Esta vigilia era para mi alma y mis sentidos un reposo agradable, mil veces mas verdadero y delicioso que el que buseaba ántes con tan-

ta pena, creyendo gustarle en un sueño, que no era mas que el cansancio, ó el adormecimiento penoso de un corazón fatigado de vicios y remordimientos.

Así, en el espacio de aquella noche yo me hallé transportado de placer, de amor y de reconocimiento por mi Dios. Todos los objetos se presentaban á mis ojos con colores tan nuevos como agradables. Me parecía que toda la naturaleza se alegraba de mi reconciliación y de mi paz; porque los mismos elementos, aunque privados de la razón, son enemigos de los que abandonan al Señor, y dan combates formidables á los insensatos.

○ Mi imaginación se paseaba con alegría inexplicable por toda esa vasta bóveda del firmamento, y mientras meditaba sobre esos inmensos espacios, sobre esas vastas y opulentas regiones, sobre esos brillantes y antiguos monumentos de la gloria de Dios, una voz secreta me decía en lo íntimo de mi alma: Baja los ojos, mírate á tí mismo, y considera que tú eres en este momento mas rico y mas opulento que todo cuanto admirabas en esa inmensidad de los altos y profundos espacios que te cercan: tu alma, en quien ya residen los divinos resplandores, publica con mas elocuencia su gloria, que todo ese luminoso aparato de los astros; pues esos globos que pueblan las regiones inaccesibles, en que tu imaginación se abis-



ma, perecerán, se acabarán, **tendrán un fin**; pero tú... tú permanecerás eternamente. De este modo á cualquiera parte que **volvía los ojos** no veía mas que objetos de consuelo, que me transportaban de alegría, y aumentaban mi felicidad.

Yo me dormi en estas agradables reflexiones; pero mi sueño no entorpeció mis sentidos, ni me quitó el dulce embeleso del feliz estado de mi alma. Era ménos una interrupcion de actividad y movimientos; que una seguida ó extension del recogimiento y reposo religioso en que mi corazón habia sentido la abundancia con que Dios se comunica á los que le aman. Me parecia que hasta en aquel embeleso de mis sentidos no dejaba de experimentar la dulce impresion que siente el alma, cuando su gracia la purifica.

Este estado se mejoró cuando desperté, pues entónces me pareció tenia un gozo mas articulado y mas completo de todos los tesoros de Dios. Yo me hallaba como un general, que durmiendo con dulce reposo, despues de haber conseguido una importante y difícil victoria, no ha soñado mas que en sus triunfos, y se alegra cuando despierta, porque ve que no ha sido ilusion su sueño. Al instante que los primeros rayos de la aurora doraron los muros sencillos de mi inocente habitacion, me puse en pié para cantar un himno de gracias al Autor de tanto bien. Sentí que mi alma estaba llena de su vida, y adoré en el fondo

de mi corazón la realidad, y la totalidad de sus luces, perfecciones y virtudes. Poco tiempo despues vino el ministro del Señor: dile cuenta de todo lo que habia pasado por mí, levantó los ojos al cielo como para darle gracias, y volviéndose á mí, me dijo: Eso es, señor, haber llegado á gustar los consuelos que da nuestra Religion; porque su espíritu es libertarnos de las inquietudes de la imaginacion, del tumulto y del flujo eterno de nuestros proyectos, anhelos y temores, y reducir á la unidad de un pensamiento y de un deseo todo el caos de nuestros afectos y pasiones. Su intencion es desembarazar el alma de todos los objetos inútiles que la fatigan y la turban, fijándola en su verdadera y natural funcion, que es conforme á la de Dios, esto es, en la posesion de lo que no se pierde nunca, en la contemplacion y el amor de la Magestad adorable y suprema, que es el principio de la vida, y el origen de toda inteligencia.

Por este motivo Jesucristo, que descendió á la tierra para pacificarlo todo, y reparar el desorden de la naturaleza, no se ocupa en otra cosa, cuando nos explica su doctrina, sino en volvernos á esta antigua y perdida sencillez de movimientos, á esta unidad de ideas y deseos, exhortándonos á concentrar únicamente en Dios toda nuestra fuerza de entender, y toda nuestra necesidad de amar. Todo su Evangelio nos predica



que es vanidad y locura buscar otros caminos de felicidad; que no hay ni puede haber mas que uno, y que este es la solitud del reino de Dios y su justicia; que este reino está dentro de nosotros mismos, y que solo hallaremos en él este reposo que tan inútilmente buscamos en medio de las pasiones que nos consumen,

Sí, señor, nuestra residencia en nosotros mismos lo incluye todo. Ella es el fin y la resulta de todos los designios de Dios; es el objeto que tuvo cuando nos dió á Jesucristo y su Evangelio. La eternidad entera no nos presentará ninguna especie de felicidad que se funde sobre otros gozos, y solo podrá darnos la perfeccion y el último grado de nuestro recogimiento en Dios. No podrá hacer mas que fijarnos en la contemplacion y posesion de esta luz indefectible, que se unirá con nosotros, que nos penetrará y correrá en nuestra alma como un torrente de delicias, sin dejar subsistir en ella mas que un pensamiento solo, un solo amor.

Haced otra reflexion, señor: que acaso por el mismo motivo entró en los designios de Dios instituir el inefable misterio de la Eucaristía. ¿Cómo podria el hombre concebir jamas que su Dios, no contento con haberse hecho hombre, con haber bajado al seno de María, con habitar entre los hombres y morir por ellos, haya querido tambien despues de resucitado y glorioso continuar

este mismo comercio siempre que el hombre le llama, y que inventase para esto un medio que jamas las inteligencias criadas hubieran podido imaginar? Medio tan digno de su sabiduria como de su amor.

Pero no es difícil concebir que esta fué una parte del plan de intimidad y comunicacion que Dios ha tenido siempre, y que este misterio no es mas que una extension de las relaciones y enlaces con que Dios se ha dignado siempre de quererse unir con el alma que crió á su semejanza. Como mientras está ella en la tierra para merecer, no puede gozar de aquella íntima comunicacion que la ha destinado en la celestial Jerusalem; Dios la ha querido suplir dándola un pan de vida, de quien dice que el que le come habita en Dios, y Dios en él. Y como no solo es la carne y sangre de Jesucristo, sino tambien la plenitud de su divinidad, le transforma en sí, se une íntimamente con él, y produce en el alma...

Yo no pude oír hablar al padre de este sacramento sin sentirme inflamado. Ya habia hecho reflexion de que el padre hasta entónces no me habia hablado de comulgar, y aunque me habia yo propuesto dejarme conducir en todo por su celo, sin poner de mi parte mas que una humilde obediencia, no pude contenerme, y le interrumpí diciéndole: ¿Y qué, padre, aunque yo sea pecador tan indigno, no podré, alentado por mi do-

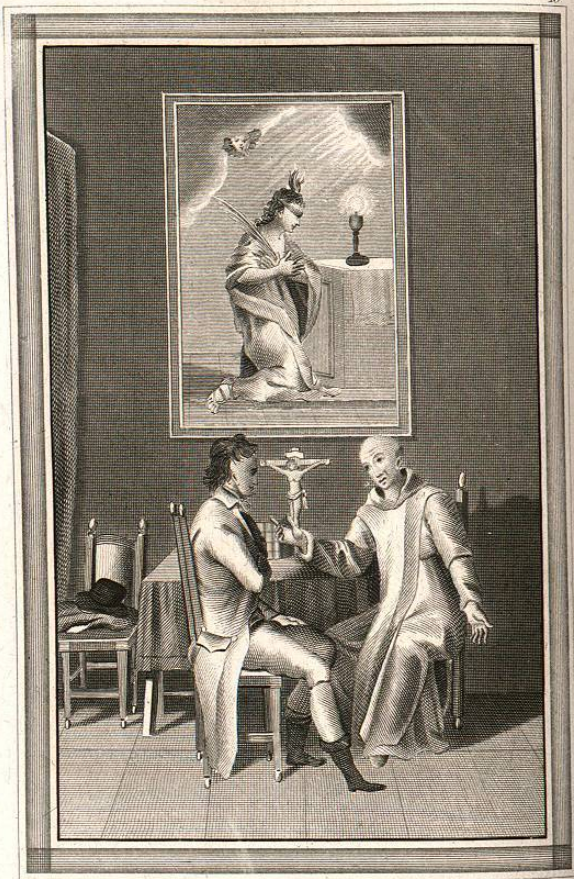


lor y la bondad divina, pedir este pan? El padre me respondió: Sí, señor; podeis y debeis pedirlo. Yo me alegro que lo pidais. Este pan no se debe obtener sino cuando se pide mucho, y aprovecha al alma á proporcion del hambre con que se pide.

Debo añadir, que segun la práctica comun, yo pudiera dárosle. Vos estais, segun lo espero de la bondad de Dios, purificado por la penitencia de toda culpa mortal; vos estais en la firme resolucion de no volver á cometerla; y espero mas, que ya estais en gracia de Dios. Esto basta sin duda para acercarse á la sagrada mesa, y obtener de la Iglesia este divino pan; basta para no comulgar indignamente; pero señor, son necesarias otras muchas cosas para comulgar con mayor fruto.

Esta accion es tan grande, es tan santa, que toda la vida del hombre apenas bastaria para prepararse á ella, y me parece que cuando se sale de una larga vida llena de impureza, es conveniente purificarse algun tiempo ántes de acercarse al altar. El Apóstol mandá probarse ántes el hombre á sí mismo. ¿Qué prueba puede haber hecho el que no ha tenido tiempo de probarse? Por otra parte yo sé que este pan sirve tambien para sostener á los débiles, y que la sinceridad de la Penitencia suele suplir el tiempo. Permitidme solamente que os haga algunas reflexio





*El Apóstol San Pablo nos enseña que debemos traer á el convite divino una fe acompañada de quatro calidades.*

nes del elocuente Masillon, y vos mismo juzgaréis lo mucho que os debéis disponer para recibir á vuestro Dios. Yo le respondí que le escucharía con respeto, y él continuó:

La comunión es la mas alta, la mas sagrada acción del cristianismo. Su objeto es hacer nacer á Jesucristo en nuestros corazones, y si no le hace nacer, mueren ellos por nuestra indisposición; si no es para nuestra alma un fruto de vida, es una señal de muerte: terrible alternativa; y no por esto digo que debemos alejarnos de la santa mesa. El pan que se distribuye en ella es el verdadero alimento del espíritu, la fuerza de los fuertes, el arrimo de los débiles, el consuelo de los tristes, y la mas segura prenda de la inmortalidad. Fuera muy peligroso privarse de ella; pero digo que lo sería mas recibirla sin estar bien preparado, sin haber vestido la ropa nupcial, y traer todas las disposiciones que merece acto tan divino, y que solas pueden darnos el comerle con fruto.

Nadie ha explicado mejor cuáles deben ser estas disposiciones que el Apóstol, y resumida su doctrina se nos enseña que debemos traer á este convite divino una fe acompañada de quatro calidades, y son: que sea tan respetuosa que discierna el cuerpo de Jesucristo; tan prudente, que pruebe y se asegure de su propio corazón; tan ardiente, que le obligue á amar; y tan generosa, que



esté pronta á todo sacrificio. Expliquemos las circunstancias y naturaleza de esta fe sucesivamente.

Cuando el Apóstol dice que esta fe debe ser tan respetuosa que discierna lo que hace, no habla de aquella fe que nos distingue de los incrédulos; habla de la fe viva que sabe penetrar las nubes que rodean el trono del Cordero; de aquella fe que casi le ve tal como es; de aquella fe que á pesar del velo con que este verdadero Moises se cubre en esta montaña santa, no deja de divisar su gloria, y no puede sostener su resplandor; de aquella fe que sin atreverse á fijar temerariamente su inmensidad, se siente penetrada de su presencia.

Habla de aquella fe que ve como los ángeles descenden del cielo y le cubren con sus alas, y que ve como las columnas del firmamento tiemblan delante de su terrible magestad; de aquella fe á quien los sentidos no pudieran añadir nada, y que es dichosa, no solo porque cree sin ver, sino porque casi vé lo que cree; de aquella fe tan reverente, que se apodera de ella un terror religioso desde que se pone á la vista del santuario, que se acerca al altar como Moises, á la sagrada zarza, y como los israelitas al monte de las tempestades; de aquella fe que sintiendo todo el peso de la Divina presencia, exclama como S. Pedro: Señor, retírate de mí, que soy un pecador;

en fin, de aquella fe cuyo respeto se acerca al terror, que necesita de que se la anime, que desde que descubre á Jesucristo en el altar, siente la fuerza de su impresion, se turba y teme, porque su ropa nupcial no es tan blanca como debe desear.

¡Ay señor! cuando Jesucristo se mostrara en el aire sobre una nube resplandeciente, los hombres se caerian de temor, los malos se escondrian en las cavernas mas profundas, y pedirian á las montañas que se desplomasen sobre ellos. Entónces no necesitarian de fe para saberlo. Ahora la fe nos dice que el mismo Jesucristo está en el santuario como sobre una nube de gloria; que desde que el sacerdote pronuncia las palabras misteriosas, la substancia del pan se convierte en la del cuerpo de nuestro adorable Redentor, los espíritus celestes descenden del cielo para adorarle, como sus ministros, y alternan con los hombres los cánticos de alabanzas.

La fe nos dice que aunque Jesucristo está en el trono de su misericordia, y dispuesto á conceder las gracias que los mortales le pidan, no por eso dejará de juzgar en verdad todos los corazones: que en esta multitud de adoradores que llenan sus templos, distinguirá las intenciones y pensamientos de cada uno; que allí separará los buenos de los malos; que traerá rayos en una mano y coronas en la otra; que pronunciará á



unos sentencia de vida, y á otros de muerte; y que con una mano invisible grabará sobre cada frente el carácter de la eleccion ó de la reprobacion eterna.

¡Ay señor! ¡cuántos habrá que al mismo tiempo que el Señor los arroja de sí se presentarán con falsa seguridad! ¡Cuántos, que miéntras Dios les señala un lugar en los eternos abismos, van á tomarle con temeridad en su santa mesa! ¡Cuántos, que la justicia divina pone entre los hijos de la cólera, y se atreven á ingerirse entre los hijos del amor! La carne que da la vida, se convierte para ellos en carne que les ocasionará la muerte. El Cordero sin mancha que puede lavar todas sus culpas, si se recibe indignamente, servirá para aumentarlas, y el que debiera ser su Salvador, es entónces su enemigo.

En otro tiempo no se podía ver á Dios sin morir al instante. Un pueblo entero de Betsamitas por haber visto el arca con curiosidad, fué exterminado. El angel del Señor cubrió de llagas á Heliodoro, porque se atrevió á entrar en el santuario de Jerusalem. Los israelitas en el desierto no podian acercarse al monte en que el Señor daba su ley: los rayos y relámpagos amenazaban á los atrevidos; el terror y la muerte iban por delante del Dios de Abraham; y ahora, porque no salen del santuario torbellinos de fuego, ¿nos podremos acercar sin terror y respeto?

¡Qué débiles somos los hombres! ¡qué ciegos! Nada nos hace impresion, sino lo que nos persuaden los sentidos. Solo somos religiosos, cuando el Dios que adoramos se muestra terrible; pero si supiéramos discernir el cuerpo del Señor, si la fe de su presencia nos hiciera la impresion que nos haria sin duda su presencia visible, ¿vendríamos á su mesa tan tibios, con devocion tan floja, y con un corazon casi insensible? ¿nos dispondríamos tan frios y tan ligeramente? Esta idea nos ocupara, nos agitara mucho tiempo ántes, necesitaríamos de mucho esfuerzo para no dejarnos intimidar por nuestro propio respeto y por su alta magestad.

Los dias que precederian al sagrado convite, fueran dias de retiro, silencio y oracion. Cada dia que pasara, aumentaria nuestra atencion, temores y alegrías. Este pensamiento no pudiera abandonarnos en nuestros negocios, conversaciones y las demas acciones de la vida, ni aun en el mismo sueño, porque nuestro espíritu lleno de fe no pudiera jamas olvidarse de tan grande esperanza, y no pudiera ver en todo sino á Jesu. cristo. La figura del mundo léjos de encantar-nos, no supiera detener nuestra vista: tuviéramos ojos que no vieran; y sola la imágen de tan alto objeto nos obligaria á fijar nuestra atencion. Esto seria discernir el cuerpo del Señor.

Pero no puede discernirle una fe vulgar que



nada tiene de vivo, de grande, ni de sublime, y que no puede ser digna del Dios que nos mira. Es necesaria una fe que tenga mas gusto y mas hambre de este pan celestial, que de todas las viandas de Egipto; una fe que halle en este pan el único consuelo de su destierro, el alivio mas dulce de sus penas, el sagrado remedio de sus males, y el anhelo continuo de sus ansias.

Una fe que encuentre en él la luz de sus obscuridades, la paz de sus agitaciones, la calma en sus desgracias, un asilo en los rigores de la suerte, un escudo contra los ataques del demonio, un refrigerio contra los estímulos de la carne rebelde, y un nuevo ardor en las tibiezas de la devoción. En fin, discernir el cuerpo del Señor es poner mas cuidado, mas atención, mas respeto en recibirle, que en ninguna otra de las acciones de la vida. Es menester pues, examinarse sobre esto, y oír lo que nos dice la conciencia.

Tambien es menester examinar si tenemos fe prudente, esto es, que nos probemos y nos conozcamos. Bien sé, señor, que nada se nos esconde tanto como nuestro propio corazón; que el espíritu del hombre no puede conocer siempre lo mismo que pasa en él; que las pasiones nos seducen; que los ejemplos nos tranquilizan; que los errores nos engañan; que las inclinaciones nos arrastran; que el corazón cree siempre tener razón, y que muchas veces probarse á sí mismo

no es otra cosa que confirmarse en sus propios errores.

Bien sé, digo, que el hombre es así cuando está abandonado á su propio juicio; pero la fe tiene una luz superior que alumbrá los ojos de su alma y que enseña á conocerse, á descubrir los artificios de las pasiones, y forma un hombre que juzgue de todo por el espíritu. Debe pues probarse por las reglas de la fe. Y si hay objeto en que sea importante no engañarse, es sin duda este, en que un sacrilegio seria la consecuencia del engaño.

¿Y sobre qué nos debemos probar? Sobre la santidad del sacramento y sobre nuestra propia corrupción. Cada cual debe decirse: Yo voy á recibir la carne de Jesucristo: él es el Cordero sin mancha que no quiere que rodeen su altar sino aquellos que no han manchado sus vestidos, ó que los han lavado en la sangre de la Penitencia. ¿Y quién eres tú, alma temeraria, que te acercas con tanta seguridad? ¿Llevas contigo tu candor y tu inocencia? ¿Has conservado siempre intacto el vaso de tu cuerpo entre el honor y la santidad? Si por desgracia estás todo cubierto de llagas vergonzosas, si en tu cuerpo no se ve una parte que no tenga marca de delito, ¿dónde pondrás la carne del Cordero?

¿Qué pues! ¿esta carne tan pura podrá reposar sobre tu lengua, sepulcro horrible que ha exha-



lado tanto veneno? ¿esa carne que se dejó sacrificar con tanta dulzura, podrá residir en el instrumento, de tus venganzas? ¿esa carne crucificada podrá unirse con tu corrupcion y sensualidades? Ella debiera ir á tu corazón; ¿pero cómo encontrará en él digno reposo? ¿No has hecho este santo templo caverna de ladrones? ¿La pondrás entre tantos deseos impuros, tantos amores profanos, tantos proyectos de ambicion, de envidia, de odio y de orgullo? Tú le preparas su habitacion en medio de tan execrables monstruos. ¡Ay! tú le entregas á sus enemigos, y le pones en las manos de sus verdugos.

Es verdad que te has confesado, y que la sangre del Cordero ha podido lavar tus iniquidades; ¿pero le quieres recibir con la misma boca con que acabas de vomitarlas? Tu corazón está humeando todavía con el fuego de muchas pasiones mal apagadas, que pueden mañana volver á inflamarse; ¿y te atreves á presentarte á los pies del altar para participar de los santos misterios? Tu imaginacion sin duda tiene frescas todavía las ideas de los excesos que acabas de contar al sacerdote; ¿y te vas con ellas á gustar el pan de las almas puras?

Tiempos hubo en que un gran penitente no se acercaba á la mesa del Señor sino despues de años enteros de humillaciones, ayunos, oraciones y austeridades. Se purificaba primero con el do-

lor, con las lágrimas, y los ejercicios públicos de una penosa disciplina; se hacia un hombre nuevo, sin que le quedase de la vida antigua mas que la memoria para avivar su arrepentimiento; sus delitos pasados no dejaban otras huellas que las que cubrian las maceraciones de la penitencia para borrarlas; en fin, la Eucaristía era entónces el pan del cielo que el pecador no osaba comer sino con el sudor de su frente. La Iglesia ha templado hoy el rigor de esta disciplina; pero conserva siempre un mismo espíritu, un mismo deseo.

Este pan es ázimo, y para comerle es menester estar exento de toda levadura. Por otra parte esta es la vianda de los fuertes. ¿Y cómo una alma que ha sido tan débil, que ha naufragado en todos los escollos, que ha resistido tantos años á la gracia, y que tiene tan larga experiencia de su fragilidad, puede tan repentinamente considerarse fuerte? ¿No convendrá primero examinarse, probarse, crecer, fortalecerse, ejercitarse en la caridad y en actos contrarios á los de sus primeras pasiones? ¿No será mas acertado acostumbrarse poco á poco, preparándose con el retiro, la oracion, la fuga de las ocasiones, y con victorias continuas de sí mismo? Pero en todo caso el confesor dispondrá lo que mas convenga, y expondrá otras consideraciones, segun las circunstancias de su penitente.

El Dios que se recibe es tan puro, que los as-



tros no lo son en su presencia; tan santo, que al primer pecado del ángel le precipitó del cielo, y abrió los abismos, para que un caos inmenso le separase de él eternamente; tan celoso, que un solo mal deseo le ofende. Es menester pues darle gloria, sondear el propio corazón en su presencia, y decirse: Yo voy á alimentarme de la carne de Jesucristo, y convertirla en mi sustento espiritual: ¿no hallará en mi alma nada indigno de su santidad? Nada se le puede esconder. El ve las intenciones y las inclinaciones secretas; verá la causa y el principio de mis excesos; examinará si el manantial está ya seco, ó si solo está suspendido su curso.

¡Ah! si me dijera como á Zaqueo: ¡Hoy ha entrado la salud en esta casa! pero esto depende de mí. ¿Estoy resuelto de buena fe á dejar esta pasión que ha sido tan fatal á mi inocencia? ¿esta idolatría de riquezas que me ha conducido á tantas injusticias? ¿este furor de juego que tanto ha dañado á mis negocios, salud y salvacion? ¿este carácter altivo, este genio soberbio que no puede sufrir la menor contradiccion? ¿esta vanidad que pretende salir de la esfera en que mis mayores me dejaron? ¿esta envidia que me aflige por la reputacion ó prosperidad de mis iguales? ¿este orgullo maligno y censor que quiere juzgarlo todo y jamas á sí mismo? y en fin, ¿este afan de delicias y este horror á la cruz, que ha-

ce como el fondo y la substancia de mi propio ser?

Es verdad que vengo de confesar estos delitos al ministro de Jesucristo; ¿pero estoy bastante preparado? ¿Soy ya una nueva criatura? ¿Estoy resucitado? ¿Lo estoy á vuestros ojos, ó mi Dios? ¿No me doy el nombre de vivo, estando quizas muerto? Alumbradme, Señor, y no permitais que vuestro Cristo, que vuestro Santo, descienda en la corrupcion. Vé aquí, señor, como es necesario probarse; y si no os sentis en este estado de pureza de conciencia, alejaos del altar. La carne del Verbo no quitará vuestra malicia, ántes añadiréis otra nueva. Vuestra religion será vana, vuestro culto idólatra, y vuestro sacrificio sacrilegio.

Pero no basta quedarse en el discernimiento y en la prueba; es necesario añadir nuevas disposiciones. Habis tomado medidas para no recibirle indignamente; pero aun os falta lo que es propio para recibirle con fruto, porque ademas de lavarse de los delitos, es menester revestirse de un deseo de mayor justicia y santidad. Es poco no ser traidor como Júdas; es menester desear amarle como los otros discípulos. En una palabra, no basta dejar de ser mundano, profano, orgulloso, vengativo, altivo, perezoso, en fin, aborrecer el vicio; se ha de amar tambien la virtud y ser dulce, humilde, caritativo, casto, fiel, buen cristiano, y recibir su sagrado cuerpo en memo-